

XX

La señora de Worms Clavelin avanzaba entre la sombra y la lluvia, bajo su paraguas, con aquel paso firme y decidido que, por ventura extraordinaria, no había perdido su garbo al pisar las piedras desiguales de las ciudades provincianas.

La portezuela del coche de punto que esperaba delante de la verja del parque Monceau se entreabrió; luego se abrió por completo. La señora de Worms-Clavelin se colocó tranquilamente en el asiento, junto al joven secretario del Ministerio, que la preguntó qué tal estaba. A lo que ella respondió:

—Yo estoy siempre bien.

Y añadió:

—¡Qué tiempocito!

Los cristales de las portezuelas chorreaban. Todos los ruidos de la calle se ahogaban entre el ambiente húmedo, y sólo se oía el goteo grave de la lluvia.

Cuando el coche comenzó á rodar por las calles, la señora preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Donde usted quiera... Por el lado de Neuilly será mejor.

Habiendo dado sus órdenes al cochero, Mauricio Cheiral dijo á la señora del prefecto:

—Me causa gran placer anunciarla que el nombramiento del padre Guitrel (Joaquín) para el

obispado de Tourcoing, saldrá mañana en el *Diario Oficial*. ¡No es por hacer valer el favor! pero le aseguro á usted que no ha sido fácil arreglar el asunto. El nuncio es un especialista en el empleo de recursos dilatorios. Esas gentes tienen una fuerza de inercia prodigiosa... ¡En fin, ya está conseguido!

—¡Me alegro!—respondió la señora de Worms Clavelin—; le aseguro á usted que ha hecho un gran favor al partido republicano progresista, y que los moderados no tendrán más que ponderar al nuevo obispo.

—En fin—dijo Mauricio Cheiral—, ya está usted complacida.

Y después de un prolongado silencio, repuso:

—Imáginese que no he dormido en toda la noche. Pensaba en usted. Estaba impaciente por verla.

Lo que tiene esto de extraño es que decía la verdad, y que la espera de tan sencilla aventura le había agitado. Pero hablaba con tono de burla, pausadamente, como si mintiera. Además le faltaba seguridad y decisión.

La señora de Worms Clavelin imaginaba ya que saldría indemne de aquel coche. Con aspecto grave y dulce y una voz simpática pronunció:

—Gracias, amigo mío. Ya puede parar el coche aquí, si le parece. Mis afectos á su madre.

Y le alargó su mano, su manita, muy corta, con unos guantes muy sucios. Pero él la retuvo. Se mostró apremiante y tierno, lleno á la vez de

amor propio y de sensualidad. Desde aquel momento ella comprendió lo que sucedería.

—Estoy enlodada como un perro de aguas— le dijo, cuando él, explorando regiones veladas, lo advertía ya.

Mientras el joven se obstinaba en su idea, venciendo las dificultades que le oponían el lugar y las circunstancias, ella demostró buen gusto y sencillez. Con un tacto perfecto evitó todo lo que habría de chocante en una resistencia demasiado prolongada ó en un abandono excesivamente rápido. De igual manera, cuando los progresos de Mauricio fueron sensibles y decisivos, se guardó mucho de hacer ninguna demostración que revelara ya indiferencia irónica ya un interés compartido. Estuvo perfecta. Además, no sentía ningún odio contra el joven político, tan cándido y creyéndose tan perverso; y hasta lamentó en lo íntimo de su corazón no haberse preparado un tanto poniéndose unos bajos más lucidos para decorar aquella circunstancia. Siempre fué poco cuidada de su ropa interior. Pero desde hacía algunos años su negligencia era excesiva. Su gran mérito consistía en evitar todo énfasis y toda exageración.

Al poco rato Mauricio se mostró de pronto satisfecho, indiferente y hasta un poco aburrido. Hablaba de asuntos por completo extraños á la situación presente, y miraba por los cristales á la calle confusa. Parecía que el coche rodaba en el fondo de un *aquarium*. Sólo se revelaban á través

de la lluvia los focos de gas, y de vez en cuando los globos de cristal de un farmacéutico.

—¡Qué tiempo!—suspiró la señora de Worms-Clavelin.

—Un tiempo imposible, desde hace ocho días—respondió Mauricio Cheiral—. Es insoportable. ¿Sucede lo mismo allá en su ciudad?

—Nuestro departamento es el más lluvioso de Francia—contestó la señora de Worms-Clavelin con una dulzura encantadora—. Pero nunca hay lodo en los paseos del jardín de la Prefectura. Y además, nosotras, las provincianas, llevamos chanclos.

—Figúrese usted—dijo Cheiral—que no conozco su provincia.

—Los paseos son deliciosos—contestó la señora de Worms-Clavelin—, y se pueden hacer excursiones muy agradables por los alrededores. Vaya usted á visitarnos. Mi marido tendrá una verdadera satisfacción.

—¿Está contento en su prefectura?

—Sí; está contento. Ha tenido buen acierto en su administración.

A su vez, ella trató, acercando mucho los ojos al cristal, de ver en la sombra espesa, poblada de resplandores fugitivos.

—¿Dónde estamos?—dijo.

—Debemos estar lejos de todo—respondió Cheiral con precipitación—. ¿Dónde quiere usted que la deje?

Le pidió que la dejara en una parada de co-

ches. El ya no disimuló su deseo de separarse pronto de ella.

—Tengo que ir á la Cámara—dijo—; no sé que habrá ocurrido.

—¿Había sesión?

—Sí; pero, nada importante, según creo. Un aumento de tarifas. Voy á dar una vuelta por allí.

Se despidieron con agrado, con facilidad. La señora de Worms-Clavelin, al tomar un coche en el bulevar de Courcelles, cerca de la muralla, oyó vocear los periódicos de la noche, y varios vendedores pasaron junto á ella con las hojas desplegadas, en cuya cabecera se veía, escrito con letras muy grandes, un rótulo sensacional: «Caída del Ministerio.»

La señora de Worms Clavelin quedóse un rato con la mirada puesta en aquellos hombres y el oído atento á las voces que se perdían en la sombra húmeda, pensando que, si en realidad Loyer presentara aquella noche su dimisión al presidente de la República, no publicarían al día siguiente en el *Diario Oficial* los nombres de los obispos nuevos. Pensó que acaso la cruz de oficial de su marido no estaría comprendida en el testamento del ministro del Interior, y que había pasado inútilmente media hora entre las cortinas azules de un coche. No lamentaba lo sucedido, pero no era propio de su carácter hacer nada inútil.

—A Neuilly—dijo al cochero—, bulevar Bineau, al convento de las Damas de la Santa Sangre.

Y se sentó, pensativa, en el solitario coche. Los

gritos de los vendedores atravesaban los cristales. Ella imaginaba que tal vez la noticia fuera cierta. Sin embargo, no compró el periódico por desconfianza, por desprecio de todo lo que se imprime en los periódicos, y por una especie de pundonor, pues no quería que la robasen, ni siquiera cinco céntimos. Pensaba que, si realmente el Ministerio caía en el momento que ella estaba bien con él, era un ejemplo bastante extraño de la ironía de las cosas y de la malignidad que flota sin cesar en torno nuestro como un aire sutil. Se preguntaba si el secretario del Ministerio conocería, cuando la esperaba en la verja del parque Monceau, la noticia que pregonaban los vendedores. Con esta sospecha la sangre la subió á las mejillas como si su pudor hubiera sido traicionado y su fe sorprendida, pues en ese caso Mauricio Cheiral se habría burlado de ella, y semejante suposición era intolerable. Pero su juicio firme y su experiencia de los asuntos, afirmábanla en la idea de que no hay que preocuparse de lo que dicen los periódicos. Pensó sin alarma en el padre Guirel, y se felicitó por haber contribuido con todo su poder á la elevación de aquel excelente sacerdote á la Sede del bienaventurado Loup. Sin embargo, se arregló el vestido para presentarse convenientemente en el salón de las Damas de la Santa Sangre, que educaban á su hija.

La bruma era más tenue y más dorada en las avenidas desiertas, sobre las tierras húmedas y bajas de Neuilly; y entre la lluvia, los grandes

árboles despojados alzaban sus formas elegantes y robustas. La señora de Worms-Clavelin vió unos álamos que la recordaron el campo, de día en día más amado por ella con un tierno amor.

Llamó á la puerta coronada, sobre un escudo de piedra, por el guante en el cual José de Arimatea recogió la santa sangre del Salvador. La hermana tornera mandó llamar á la señorita Clavelin. Y la señora de Worms-Clavelin penetró en el salón de visitas. Allí, delante de la Virgen blanca y azul que abría sus manos revosantes de dones, la mujer del prefecto se sintió penetrada por un sentimiento religioso muy profundo y muy suave; para ser cristiana la faltaba todavía el bautismo, pero había hecho bautizar á su hija y la educaba en la religión católica. Como la República, se inclinaba á la piedad burguesa. En un ímpetu sincero del corazón, saludó devotamente á aquella dulce Virgen de banda azul que invocan en sus necesidades las damas de buena sociedad. Con un místico ardor que el judaismo no había nunca satisfecho, dió gracias á la Providencia delante de aquella María con los brazos abiertos, por los favores que había cosechado en su vida.

Agradecía á Dios, porque habiendo nacido en la miseria de Montmartre y habiendo en su infancia andado con las suelas rotas por las piedras de los bulevares exteriores, al presente vivía entre la sociedad distinguida, perteneciendo á la clase acomodada, participando en la administración del país; y porque en todas las transaccio-

nes (puesto que la vida es difícil y que á veces se necesita á los demás), al menos sólo tenía que háberse las con personas bien educadas.

—¡Buenas tardes, mamá!

La señora de Worms-Clavelin llevó primero á su hija debajo de la lámpara para examinarla los dientes. Era siempre su primer cuidado. Miró después si tenía el borde interior de los párpados descolorido por la anemia, si tenía el cuerpo derecho, si se había mordido las uñas. Cuando estuvo tranquila sobre todos estos puntos, se informó del trabajo y de la conducta. Su solicitud se inspiraba en un sentido justo y en una ciencia superior de la vida. Era una madre excelente.

Y cuando al fin hubieron de separarse al oír la campana que llamaba al estudio de la noche, la señora de Worms-Clavelin sacó de su bolsillo una caja de pastillas de chocolate. Aquella caja estaba despachurrada y rota.

La señorita Clavelin la cogió y dijo burlándose:

—¡Oh, mamá, parece que ha sufrido una batalla!

—¡Con un tiempo tan cochino...!—dijo la señora de Worms-Clavelin encogiéndose de hombros.

Aquella noche, después de comer, en el salón del *Family House* encontró sobre la mesa un periódico de la noche cuyas noticias merecen alguna confianza. Se enteró de que no había caído el Ministerio. Es cierto que al final de la sesión fué derrotado al votarse un asunto de secundario interés; pero inmediatamente había obtenido en el

mismo asunto una mayoría de ciento cincuenta votos.

Mostróse muy contenta, y pensando en su marido, reflexionó: «Luciano se alegrará cuando sepa que Guitrel ha sido nombrado obispo.»

XXI

—Que entre el padre Guitrel—dijo Lóyer.

En su despacho, detrás de los expedientes amontonados sobre la mesa, el ministro aparecía visible apenas. Era un viejecito con gafas y bigote gris, acatarrado, lloroso, picaresco y brusco, bondadoso y habiendo conservado entre los honores y el poder los modales de un pasante de bufete. Se quitó las gafas para limpiarlas. Tenía curiosidad por conocer á aquel padre Guitrel, candidato al episcopado, al cual recomendaba tan brillante cortejo de mujeres.

La bonita provinciana señora de Gromance fué la primera al Ministerio en los últimos días de Diciembre. Dijo, sin rodeos, que era manester nombrar al padre Guitrel obispo de Tourcoing. El viejo ministro, que todavía gustaba del perfume de la mujer, había conservado mucho tiempo entre las suyas la manita de la señora de Gromance, acariciando con un dedo—entre el guante y la manga—la parte del puño donde la piel es más suave bajo el conjunto azul de venas; pero no intentó nada más porque con la edad todo le

era difícil, y también por temor de parecer ridículo, pues tenía su amor propio. Pero seguía siendo erótico en palabras. Según costumbre, había preguntado á la señora de Gromance por el «viejo patriota». Así llamaba familiarmente al señor de Gromance. Sus ojos lloraban, al reirse, por todas sus arrugas, bajo los cristales azules de sus gafas.

La idea de que el «viejo patriota» era cornudo ocasionaba al ministro de Justicia y de Cultos una alegría verdaderamente desmesurada. Pensando en esto miraba á la señora de Gromance con más curiosidad, interés y encanto de lo prudente. Sobre las ruinas de su complexión amorosa, se consue trúa diversiones espirituales, de las cuales la mayor era reflexionar las desdichas del señor de Gromance, contemplando á su voluptuosa confeccionadora.

Durante los seis meses que fué ministro del Interior, en un gabinete radical precedente, había pedido al prefecto Worms-Clavelin notas confidenciales relativas al matrimonio Gromance; de modo que se hallaba muy al tanto de los amores de Clotilde, y saboreaba el goce de saber que eran numerosos. Acogió muy atentamente á la hermosa visita, prometiéndola estudiar con interés el expediente del padre Guitrel, sin comprometerse por esto á nada, pues siendo buen republicano no sometía los asuntos de Estado á los caprichos de las mujeres.

Luego la baronesa de Bonmont, el más hermoso descote de París, le había hablado en el Elíseo